

Recapitulando los caracteres emocionales, que hace todavía más notorios esta relativa fijeza del hábito, hemos de notar ante todo la impulsividad que domina la conducta de los hombres primitivos y tan considerable obstáculo opone á la cooperacion. Esta «disposicion movible é inconstante,» que de ordinario hace «imposible contar con ninguna de sus promesas,» es la negacion de esta confianza en la observacion de las obligaciones mútuas sobre la cual descansa en gran parte el progreso social. Gobernados por emociones despóticas que se suplantán, en lugar de seguir la determinacion de un consejo de emociones en donde todas desempeñarian su parte, el hombre primitivo sigue una conducta explosiva, caótica, sobre la que no se puede fundar cálculo alguno, y que hace muy difícil la accion combinada.

Uno de los rasgos más especiales que en parte depende de ese rasgo general, es la imprevision. El deseo inmediato que tiende á procurar al agente la satisfaccion de sus apetitos ó los aplausos en cambio de un acto de generosidad de su parte, excluye el temor de los males que pueden sobrevenir; por lo contrario, los males y los placeres que puedan ocurrir, como no causan en la conciencia una impresion fuerte, el hombre no tiene en verdad motivo alguno que le aguijone y le lleve al esfuerzo, si no es la pasion inconsiderada y apática que lo absorbe en favor de lo presente.

La sociabilidad, fuerte en el hombre civilizado, todavía lo es mucho ménos en el salvaje. Entre los tipos más inferiores, los grupos sociales son muy débiles, y los lazos que unen sus unidades son relativamente flojos. Al lado de una tendencia á la ruptura de un lazo social, como resultado de las pasiones mal coordinadas de los individuos, no puede existir el sentimiento que causa la cohesion: cada uno de esos rasgos del carácter emocional tiende en realidad á perpetuar la existencia del otro. De suerte que dadas las condiciones que suministran las causas incesantes de disension entre hombres arrastrado de uno á otro polo por los trasportes del sentimiento, y aun entre hombres hechos todavía más irritables por el hambre, que segun Livingstone «tiene una grande influencia en el carácter,» existe una tendencia más débil á unirse en virtud de una afecion mútua y una tendencia más fuerte á resistir á una autoridad que, de otro lado, se convertiria en una causa de cohesion.

Cierto es que, antes que la sociabilidad reciba un incremento, sentimiento alguno, de aquellos que suponen como su condicion necesaria la presencia de otras personas, no puede ser fuerte, que no puede existir un vivo amor de la aprobacion; mas ese sentimiento, el más simple de todos los sentimientos elevados, se desenvuelve desde que se produce en la agrupacion social un mediano

progreso. Las grandes y rápidas ventajas que saca el salvaje de la aprobacion de sus actos por sus semejantes, ó los graves daños y rápidos efectos de su cólera y de su desprecio, son los primeros hechos concluyentes de su experiencia que llevan á la preponderancia del sentimiento ego-altruista. Y es ese sentimiento el que asegura una cierta obediencia á la opinion de la tribu, y en consecuencia prescribe una regla de conducta, aun antes de que exista un rudimento de freno político. En los grupos sociales, una vez formados de una manera preponderante, el lazo social, ora formado por el amor de la sociedad, ora por una subordinacion inspirada por la admiracion de una potencia superior, ora por el temor de inminentes penalidades, y lo más á menudo por el concurso de esas tres causas, el lazo social puede existir junto con dosis variadas del sentimiento altruista. Sin duda la sociabilidad alimenta la simpatía, pero la actividad cotidiana del hombre primitivo la reprime. La simpatía que resulta del amor instintivo por los seres sin defensa, sentimiento que comparte con los animales, lo revela el salvaje en ocasiones en que el antagonismo, es decir, un sentimiento egoista poderoso no entra en juego. Mas la simpatía, siempre activa, siempre en lucha contra el egoismo que mantiene en jaque, no es un rasgo propio del carácter del salvaje; el trato que dá á sus mujeres es una prueba decisiva de ello. Y que la forma superior del sentimiento altruista, al que llamamos sentimiento de justicia, que implica una concepcion clara y de un largo alcance sobre los efectos que la conducta puede hacer experimentar en los otros, está muy poco desarrollado en el salvaje, es de todos notorio.

Esos rasgos emocionales del hombre primitivo, que se pueden inducir del término medio de los hechos, concuerdan con los que hemos deducido de los principios de la psicología, y que hemos presentado por adelantado como los caracteres de su espíritu imperfectamente desarrollado. En todos esos rasgos se observan relaciones de correspondencia ménos extensas y ménos variadas del espíritu con el medio, ménos representativas y de una accion refleja ménos remota. El rasgo cardinal de la impulsividad supone el paso súbito, casi reflejo, de una pasion única á la conducta que lo produce; implica, por la misma carencia de sentimientos opuestos, que la conciencia se compone de representaciones ménos numerosas y más simples; implica que la conformidad de las acciones externas no tome en cuenta las consecuencias lejanas, esto es, que no se extienda tan lejos en el espacio y en el tiempo. Lo mismo decimos de la imprevision como resultado de esta impulsividad: el deseo, de un salto, se va al objeto que ha de satisfacerlo; la imaginacion representa de una manera débil los resultados secundarios de la satisfaccion del deseo: ninguna necesidad leja-

na viene á presentar sus objeciones. Pasando por alto la impaciencia de toda autoridad y el defecto de sociabilidad, rasgos especiales que pueden ó no coexistir con un carácter emocional inferior por otros respetos, vengamos al sentimiento ego-altruista del amor de la aprobacion. Ese sentimiento que progresa á medida que crece la aglomeracion social, implica un mayor desenvolvimiento de la facultad representativa: en efecto, en lugar de una satisfaccion egoista directa, el hombre contempla la satisfaccion que causa indirectamente la conducta de los otros; en lugar de resultados inmediatos, considera resultados que no se realizarán sino en una época ulterior; en lugar de acciones provocadas por deseos aislados, realiza otras que combaten y modifican deseos secundarios. Mas aun cuando la presencia de ese sentimiento ego-altruista haga el carácter, en donde tenga la preponderancia emocional ménos refleja, más representativo, más adaptado á relaciones de correspondencia con las condiciones ambientes más extensas y más heterogéneas, bajo ese punto de vista, sin embargo, permanece por debajo de la desarrollada naturaleza emocional del hombre civilizado en quien obran los sentimientos altruistas. En cuanto carezca de esos sentimientos, el hombre primitivo carecerá de la bondad que amolda la conducta para hacerla servir en provecho de otro en el espacio y en el tiempo, de la equidad que implica la representacion de relaciones muy complexas y abstractas entre las acciones de los hombres, de la abnegacion que hace ceder al egoismo aun cuando no haya persona alguna para aplaudir el sacrificio.

A la congruencia de las conclusiones *a priori* y *a posteriori*, se puede añadir la armonía de esas conclusiones con dos otras que nos sugiere la hipótesis de la evolucion. El hijo del hombre civilizado es impulsivo, imprevisor; en los primeros tiempos de la vida, no siente amor alguno por la aprobacion, y no comienza á mostrarlo sino en los primeros años de la infancia, y no es sino mucho más tarde cuando principia á mostrar ese cierto sentimiento de justicia: hé aquí los hechos que comprueban las conclusiones que antes hemos sacado respecto del carácter emocional del hombre primitivo. Una nueva comprobacion nos suministra la observacion de que los principales rasgos del carácter emocional que distinguen el hombre civilizado del hombre primitivo, no han podido producirse sino á medida de los progresos de la sociedad. La impulsividad no podía debilitarse sino á compás del establecimiento de la autoridad social; la imprevision no podía decaer sino á medida que la consolidacion de un estado social ordenado daba lugar á poder contar un poco con las ventajas de la prevision; en fin, la simpatía, con los sentimientos altruistas que de ella resultan, no podía fortificarse sino de consuno con las medidas restrictivas que mantenian

á los hombres reunidos de una manera estrecha y en continuas relaciones, incluyendo en ellas la cooperacion, los provechos recíprocos y los placeres mútuos que son su consecuencia.

EL HOMBRE PRIMITIVO INTELECTUAL

Las tres medidas de la evolucion intelectual que anteriormente nos han servido para trazar el cuadro del carácter emocional del hombre primitivo, van á servirnos ahora para rasguear el de su carácter intelectual. Revélase el grado de inteligencia en el grado de correspondencia entre las ideas y las cosas; en el grado de separacion que las distingue de las operaciones intelectuales relativamente automáticas, es decir, en la distancia que las separa de la accion refleja. Antes de pasar en revista los hechos para sacar inducciones, es bueno examinar, bajo sus formas más concretas, los rasgos intelectuales que caracterizan una evolucion inferior y que la distinguen de una evolucion superior. Esos rasgos quedan expuestos con toda detencion en los párrafos 484 á 493 de los *Principios de Psicología*, que ahora recapitularemos poniéndolos en conexion con las medidas antes empleadas.

Como el hombre primitivo no está familiarizado más que con los hechos particulares que entran en el estrecho cuadro de su experiencia, dicho se está que no tiene concepcion alguna de los *hechos generales*. Una verdad general implica algun elemento comun en muchas verdades particulares; implica por tanto una correspondencia más extensa y más heterogénea que las verdades particulares; implica una representabilidad superior, puesto que reúne necesariamente ideas más numerosas y más variadas en la idea general, y está más alejada de la accion refleja por lo mismo que por sí sola no existe accion alguna.

No teniendo para medir el tiempo más que las unidades de medida sin precision que suministran las estaciones, sin otro recuerdo de las cosas que frases hechas sin cuidado y repetidas sin intencion, en un lenguaje muy imperfecto, el hombre que vive en un estado incivilizado no puede reconocer largas séries de hechos. Puede sí comprender de una manera perfecta séries en las que antecedentes y consecuentes estén en conexion sobrado estrecha, pero no otra cosa. De aquí que la *prevision de los resultados aistantes* posible en una sociedad regulada que posee unidades de medida y un lenguaje escrito, es para él imposible. En otros términos, la correspondencia en el tiempo se encuentra